

XXIII CERTAMEN DE RELATOS BREVES, DÍA 8 DE MARZO

AMOR PROPIO, TRABAJO Y PERSEVERANCIA

Mi historia empieza en una humilde casa de Peraleda de la Mata, donde mi madre Victoria me dio a luz. Allí viví durante mi infancia y adolescencia con mis padres y mi hermana pequeña, Milagros; ella tuvo un hermano gemelo, pero murió a los pocos días de nacer, algo común en la época. A mi padre Pedro, al ser mutilado de guerra, le ofrecieron trabajo en el ayuntamiento del pueblo, y mi madre trabajaba en el campo, en las tierras de mi abuelo, con todas las mujeres de la familia.

Nuestra casa tenía tres habitaciones, dos de ellas eran dormitorios, y la otra era un patio en el que se encontraba la cocina y el cuarto de estar. El colchón donde dormíamos era de lana, pero el de algunos vecinos más pobres era de hoja de panocha. No había agua corriente y al principio tampoco teníamos electricidad, por lo que en invierno nos solíamos calentar con la lumbre y en verano dormíamos con la puerta abierta o incluso había gente que salía a la calle para dormir mejor. Yo tenía un único vestido, y era costumbre estrenar uno nuevo el día del Cristo, la fiesta del pueblo. Acompañaba a mi madre una vez a la semana a lavar la ropa a un arroyo a las afueras del pueblo. Desayunábamos una sopa de pan y a la hora de comer siempre había cocido, pero nosotros nunca pasamos hambre comparado con otras familias del pueblo, ya que teníamos trigo, y nunca nos faltó pan.

A los seis años empecé el colegio, donde no muchos niños iban porque se valoraba más ocuparse de las tierras y trabajar que estudiar. Era gratuito y nos separaban según nuestro

género en dos escuelas; usábamos un libro donde estaban todas las materias juntas y no hacíamos ningún tipo de deporte, solo juegos.

Un día, cuando ya tenía los doce años, mi querido padre me regaló una bicicleta y me ayudó a duras penas a montar en ella; me explicó que quería que continuara los estudios, pero para ello tenía que ir todos los días al colegio de monjas de Navalmoral, ya que no podíamos permitirnos que estuviera interna porque era demasiado dinero. A partir de entonces, me tiré hasta los dieciocho años yendo todas las mañanas a Navalmoral en bicicleta, lloviera, hiciera frío, viento o calor, sin abrigo ni nada, con mi uniforme diario. Pasé muchas adversidades, y a la entrada de mi destino solía haber chicos que se ponían delante de mí bromeando. Hacía el trayecto sola, aunque algún día coincidía con chicos de mi pueblo que también iban a Navalmoral a estudiar o trabajar; y por el camino sacaba mi cuaderno e iba repasando la lección. A la hora de almorzar, iban todas mis compañeras al comedor del colegio y las monjas les daban de comer; pero, como mis padres no podían pagar ese gasto, me la preparaban por las mañanas y allí me calentaban mi comida.

Yo nunca me había planteado una profesión que ejercer en el futuro a parte de trabajar en el campo, ya que era algo obvio que solo pudiesen seguir estudiando algunos hombres, pero cuando empecé a estudiar en Navalmoral enseguida quise hacer la carrera de Magisterio. Mis amigas se reían de mí por seguir estudiando en vez de empezar a trabajar como todas las demás, decían que no me serviría de nada estos años perdiendo el tiempo porque luego no encontraría trabajo al ser mujer, en cambio ellas ya tenían un trabajo asegurado desde niñas; también se reían de que no pudiera estrenar un nuevo vestido en las fiestas del pueblo, ya que mi dinero iba destinado a los estudios. Al ser la primera mujer que en esa época salía del

pueblo para seguir estudiando, y encima siendo tan pequeña, estaba todo el pueblo escandalizado.

Antes de cumplir dieciocho años, me juntaba con mis amigas en una casa distinta cada vez y llevábamos a alguien que supiera tocar un instrumento para así acompañar nuestros bailes con música, y luego le pagábamos. Al cumplir la mayoría de edad ya podíamos entrar al baile del pueblo, donde los chicos nos invitaban a bailar, pero como ellos solían acercarse mucho a nuestras bocas, recuerdo que yo ponía el brazo entre medias como escudo. En cuanto se ponía el sol había que irse a casa porque era peligroso ir por la calle a esas horas, y si alguien veía a una chica de noche sola, decían que era una “fresca” porque iba buscando a los chicos, al igual que estaba mal visto que nosotras fuéramos a bares.

A los 20 años fui a Cáceres a examinarme de Magisterio, y empecé a trabajar al año siguiente en Higuera como profesora. Con veintiún años me casé con el que entonces era mi novio: Nicolás, el amor de mi vida, y nos compramos una casa en Peraleda, para vivir juntos y formar una familia. Con veintidós años tuvimos nuestro primer hijo, y después otros dos, y nos compramos un coche. Tengo el recuerdo de salir a la puerta de mi casa para coser y hablar con las vecinas mientras escuchábamos en la radio (recién llegado este aparato al pueblo) radionovelas.

Con veintitrés años pedí ayuda a mi marido para sacarme las oposiciones (que él ya tenía), pero no estaba de acuerdo porque yo tenía que cuidar la casa y a mi hijo recién nacido, por lo que recurrí al cura del pueblo. Gracias a él y a las ocho horas diarias de estudio, conseguí aprobarlas. Trabajando los dos de maestros, cada uno ganábamos 1200 pesetas al

mes, y como necesitábamos más dinero para nuestro día a día, empezamos a dar clases particulares por las noches en una academia que nosotros mismos creamos.

A día de hoy puedo decir que viví bien, aceptando la simpleza, esforzándome por conseguir mis objetivos y con mucho amor propio, demostrando a mí misma y a los demás lo que valía (y sigo valiéndolo).

Este año una de mis nietas cursa segundo de bachillerato y, para animarla, le dije: “Para empezar un gran proyecto hace falta valor, pero para acabarlo hace falta perseverancia.” Esta frase refleja que, gracias a todo mi esfuerzo durante años, casi sin recursos, conseguí tener la vida que deseaba y ser feliz.